

**De nada sirven las riquezas en el día de la ira,  
pero la justicia libra de la muerte. Proverbios 11:4 – Una historia proverbial. Ted  
Hildebrandt y Chatgpt**

En un próspero reino enclavado entre dos grandes ríos, vivía un hombre llamado Cedric, conocido en todo el mundo por su inmensa riqueza. Poseía flotas de barcos, hectáreas de tierra fértil y bóvedas repletas de oro. Pero lo que lo distinguía más que su fortuna era el orgullo que sentía por ella. «El oro es el escudo contra todas las tormentas», solía jactarse. «No hay problema que una moneda de oro no pueda resolver», sostenía.

En las afueras de este reino, en una humilde cabaña enmarcada por vides y flores silvestres, vivía una anciana viuda llamada Zoe. Sus únicos tesoros eran su bondad y la alegría que brindaba a los demás. Pasaba sus días atendiendo a los enfermos, alimentando a los hambrientos y consolando a los solitarios. Aunque tenía poco, daba con generosidad, creyendo que la rectitud y la bondad eran una moneda mucho más duradera que el oro. Cedric, triunfante en su carroza, pasaba a menudo junto a la humilde cabaña de Zoe, burlándose de su indigencia fuera de las imponentes murallas de su ciudad.

Un verano, una nube oscura comenzó a levantarse en el este; no de mal tiempo, sino de guerra. Un gran ejército, vengativo y despiadado, arrasó la tierra, dejando tras sí la ruina. El rey convocó a sus señores y acaudalados comerciantes para fortificar la ciudad. Cedric, temiendo por sus riquezas, las encerró en las profundidades del subsuelo y contrató mercenarios con promesas de oro. «Que vengan», dijo con una mueca de desprecio. «Ninguna ira puede romper las defensas de la riqueza».

Pero la ira llegó, rápida e implacable.

La ciudad ardía. Los mercenarios huyeron. Y Cedric, aferrado a un pequeño saco de joyas, corrió por las calles inundadas de humo y salió de su ciudad en llamas. Llegó a una pequeña y precaria cabaña fuera de las murallas, donde Zoe y otros se habían refugiado. El ejército invasor ignoraba esos espacios empobrecidos, así que la choza era un refugio para quienes no tenían nada.

Cedric golpeó las puertas. "¡Déjenme entrar!", gritó. "¡Puedo pagar! ¡Tengo joyas!"

Zoe reconoció su voz. Desde adentro, le susurró al granjero: «Abre la puerta». El granjero dudó, pero obedeció.

Dentro, Cedric cayó de rodillas, jadeando, con las joyas deslizándose entre sus dedos. Miró a Zoe y la cesta de deplorables que se habían escondido allí: niños, ancianos, pobres. No tenían nada, pero estaban tranquilos.

Se volvió hacia Zoe. "¿Por qué me dejaste entrar? Me he burlado de ti."

Zoe le tocó el hombro con suavidad. «El oro nunca ha sido mi medida. La misericordia y la justicia sí lo son».

La guerra terminó. El reino se reconstruyó lentamente, no con riquezas, sino con rectitud. Cedric, humillado, vendió sus vastas bóvedas de oro y construyó casas para los desplazados.

Pasó sus últimos días junto a Zoe, aprendiendo que algunas cosas nunca se compran: la confianza, la bondad, la lealtad y la rectitud.

Al final, no fueron las monedas de oro en su bóveda, sino la justicia de una viuda pobre lo que lo salvó.

Llegó a comprender la antigua sabiduría que una vez ignoró:

“ De nada sirven las riquezas en el día de la ira, pero la justicia libra de la muerte”. —  
Proverbios 11:4 .